

Susanna Nanni, *El desafío pedagógico en tiempos de pandemia. Memoria y derechos humanos entre Argentina y Mediterráneo desde un aula virtual*

Roma, Nova Delphi, 2022, 160 pp., ISBN 979-12-80097-32-3 6, 18 €

FERNANDO REATI
Georgia State University



Quienes se dedican a la investigación y difusión de temas relativos a la violación de derechos humanos, a menudo pasan por alto una pregunta fundamental asumiendo que la sola denuncia de los crímenes basta: ¿cómo transmitir a los jóvenes lo traumático del pasado cuando ha transcurrido mucho tiempo y las nuevas generaciones se sienten alejadas de lo sucedido? Pues no es suficiente investigar y exponer, también hay que encontrar las herramientas apropiadas para educar. En Argentina, con el paso de las décadas se ha institucionalizado el recuerdo del terrorismo de Estado de los 70 con su secuela de muertos y desaparecidos. Existen programas educativos, se visitan ex centros clandestinos convertidos en sitios de memoria y cada 24 de marzo (aniversario del golpe militar) se ofrecen clases alusivas en las escuelas y miles participan en las marchas conmemorativas. A pesar de eso, los más jóvenes desconocen lo que sucedió o lo conocen de modo esquemático y simplificado. La sorpresa que generó en 2023 que tantos de ellos votaran en las elecciones presidenciales por el ultraderechista Javier Milei (e indirectamente por el negacionismo y la justificación del terrorismo de Estado) ilustra el

peligro de ignorar otros modos de hacer memoria, diferentes a los que nos son familiares. ¿Fallaron las políticas de Estado o son los encargados de transmitir la memoria los que no supieron hallar nuevos lenguajes?

Como respondiendo a esta pregunta, las palabras 'desafío pedagógico' en el título del libro de Susanna Nanni (profesora en la universidad Roma Tre de Italia) apuntan a que no basta con relatar el horror para que se lo comprenda. En este caso, el desafío tiene que ver con dos realidades aparentemente inconexas: los desaparecidos en la Argentina de los 70 y los migrantes ahogados hoy en el Mediterráneo cuando tratan de llegar a Europa huyendo de la pobreza y la violencia en el norte de África y los países árabes. Se trata de unir esas dos realidades disímiles para hallar sus puntos de contacto en el ámbito educativo. En ese sentido, la imagen de tapa es contundente. Muestra la conocida escultura que homenajea a Pablo Míguez (un joven adolescente arrojado vivo al Río de la Plata en uno de los tantos vuelos de la muerte)



Fernando REATI, "Susanna Nanni. *El desafío pedagógico en tiempos de pandemia. Memoria y derechos humanos entre Argentina y Mediterráneo desde un aula virtual*", *Artifara* 25.1 (2025) Marginalia, pp. xxxv-xxxviii

Recibido el 16/01/2025 + Aceptado el 18/05/2025

flotando sobre el agua junto al Parque de la Memoria en Buenos Aires. La escultura está instalada sobre un sistema de boyas que la sostienen y sólo se la puede contemplar desde un mirador ubicado en la costa a cien metros. Le da la espalda al observador, algo que suele interpretarse como el repudio del joven a la sociedad que le dio la espalda a él. En la tapa del libro, junto a la escultura vemos migrantes en una patera que se ahogan (una recreación del cuadro “La balsa de la Medusa” de Eugene Delacroix). Más allá, un buque pasa de largo ignorándolos: ¿se repite la indiferencia social ante la tragedia de los que se traga el mar?

La imagen de tapa representa visualmente un arco que va de una tragedia histórica a otra (Argentina en los 70 y Europa en el presente). También el prefacio y el epílogo trazan un arco que ayuda al lector a visualizar un entramado común. El prefacio pertenece a Enrico Calamai, un diplomático italiano asignado en Argentina en los 70 que ayudó a cientos de perseguidos a huir de la dictadura entregándoles pasaportes y pasajes de avión (se lo conoce por eso como el ‘Schindler de Argentina’). Hoy, Calamai se dedica a visibilizar la complicidad de las instituciones europeas en la muerte de miles de migrantes ahogados en el Mediterráneo. El epílogo es de Sandra Lorenzano, una escritora, ensayista y educadora argentina exiliada en México desde los 70, quien participó a distancia en el experimento docente de Susanna Nanni que originó este libro. Calamai y Lorenzano agregan así perspectivas complementarias sobre la defensa de los derechos humanos atravesando décadas de historia en dos continentes distintos.

La génesis del libro de Nanni es singular. El objetivo original era ilustrar “cómo la pedagogía de la memoria relacionada con el pasado traumático argentino puede entrar en un aula universitaria italiana y ser interiorizada y elaborada por un grupo de estudiantes que viven en otra época y en otro contexto geográfico, político y social” (15). Pero una circunstancia inesperada conspiró para que el proyecto mutara y culminara en la publicación del libro en su forma actual. En febrero de 2020, cuando Nanni comenzaba a impartir un curso de maestría bajo el título “Archivos de la memoria: literaturas, historia y política en Hispanoamérica”, el mundo se transformó: comenzó la pandemia de Covid19 y Nanni se vio obligada a reinventar el curso (y reinventarse como educadora) de un día para el otro.

Nanni proponía enfocarse en la dictadura militar de los 70 para estudiar cómo en Argentina se reelaboró artísticamente el trauma colectivo. Buscaba hablar de “la memoria y la posmemoria, el testimonio y el postestimonio, la transmisión de la memoria” y la pugna entre distintas versiones del pasado (19). Perseguía además que los estudiantes partieran del caso argentino para elaborar una memoria “transnacional, desterritorializada y diacrónica” a fin de detectar “continuidades y discontinuidades con las violaciones de los derechos humanos en la actualidad y en varias partes del mundo” (21). En otras palabras, la dictadura argentina le serviría de punto de partida para observar otras realidades centrándose en la muerte de miles de migrantes al intentar cruzar el Mediterráneo para hallar refugio en Europa. El mar como tumba (el Río de la Plata y el Mediterráneo) sería el puente que uniría el pasado y el presente, el aquí y el allá para que los estudiantes fueran no solo “destinatarios, sino activadores de nuevos significados y productores ellos mismos de memorias” (29).

La pandemia obligó a Nanni a reformular lo que hasta entonces era un marco teórico y una mera expresión de deseos. Al pasar a dictar el curso en modo virtual, el objetivo inicial de relacionar el pasado argentino con la desaparición de migrantes en el Mediterráneo cobró una nueva dimensión. La obligación de recluirse en el hogar y comunicarse sólo a través de una pantalla representó un desafío para la educadora y los educandos: “¿Cómo se puede transformar una situación de encierro, de distanciamiento, de ensimismamiento en oportunidad para repensar la práctica docente, las nuevas formas de aprendizaje, la elaboración cultural y la transmisión de la memoria de manera colectiva y compartida?” (16).

En el capítulo 2 sobre el mar como lugar de memoria, Nanni explica que la proyección en clase (pocos días antes del comienzo de la pandemia) de un breve cortometraje de Daniele

Cini, *La sirena*, fue el puntapié inicial de una profunda discusión que continuó virtualmente el resto del semestre. *La sirena* es un contundente alegato sobre la complicidad y su opuesto, la solidaridad. En apenas cuatro minutos de filmación asistimos a la transformación en sirena de una mujer arrojada al mar en uno de los vuelos de la muerte, a lo que sigue décadas después un juicio en un tribunal italiano donde un abogado defensor de represores argentinos alega que no hay pruebas. La hija de la mujer que de niña fue testigo del secuestro, ahora adulta contempla el mar y recuerda lo que le contaba su madre sobre las sirenas. A través de un inteligente repaso de las dimensiones mitológicas de ese ser (la sirenita de Hans Christian Andersen, la de Disney, las de Ulises), Nanni planteó a la madre/sirena del cortometraje como “un valor simbólico polisémico: de catarsis, de renacimiento, de metamorfosis, de recuerdo...” (36). A partir de allí, los estudiantes pensaron en otros desaparecidos (los migrantes ahogados tratando de llegar a Europa) e incluso en los italianos que cien años antes emigraron a Argentina en busca de una vida mejor.

Luego, escribe Nanni en el siguiente capítulo sobre educación y pandemia, vino el Covid y con él, el encierro, la falta de socialización y el desafío pedagógico: “No estábamos preparados, ni dispuestos y, aún menos, éramos capacitados para enseñar en este contexto [...] atendiendo a la consigna de seguir educando, de seguir conectados, de seguir produciendo, de no detenernos, para no generar retrasos, para llenar la sensación de vacío, impotencia y soledad producida por el confinamiento” (41). Fue un cambio de paradigma súbito, una alteración sorpresiva de lo familiar. Pero donde otros vieron un impedimento, Nanni encontró la oportunidad de “involucrar la dimensión cognitiva, afectiva y volitiva de los estudiantes en el proceso de aprendizaje” (45). Este capítulo repasa algunos debates teóricos generados alrededor de la educación virtual y describe cómo, al tener que adaptarse a nuevas condiciones de socialización, Nanni redescubrió que educar no es sólo transmitir conocimientos sino facilitar herramientas para la comprensión crítica del mundo y la participación en la vida social. En busca de esas herramientas, emprendió con los estudiantes la traducción colectiva al italiano de una novela argentina para adolescentes, *Los sapos de la memoria* de Graciela Bialet, que trata de un hijo de desaparecidos. Esa traducción se presentó virtualmente un año después ante cientos de jóvenes de escuelas secundarias italianas. Así, los estudiantes no sólo pusieron en marcha habilidades lingüísticas y culturales, sino que contribuyeron activamente a preservar la memoria histórica que estudiaban en clase: “Recurrieron a la traducción como voz y para devolver la voz a los desaparecidos, de ayer y de hoy” (51).

El capítulo 4 sobre memoria y pandemia reflexiona sobre la necesidad de trascender barreras físicas y mentales después de que el virus obligara al encierro colectivo en el hogar. Buscando que los estudiantes pensaran en la desaparición como un fenómeno “que nos concierne a todos” (58), Nanni les pidió que escribieran textos breves en respuesta a los temas tratados. Desde México, Sandra Lorenzano comentó los textos y dialogó con ellos. La decisión de incluir en el libro algunos textos elaborados en la clase virtual es afortunada porque nos permite oír las voces frescas y a la vez profundamente maduras de los jóvenes en el proceso mismo de reflexionar sobre los derechos humanos a un lado y otro del Atlántico. Una estudiante habla de la importancia de que “cualquiera de nosotros pueda ser un lugar de memoria para los que vendrán” (71). Otra reflexiona sobre su propia condición de privilegio como ciudadana europea: “La misma agua donde nos bañamos de vacaciones, esas playas paradisíacas, están rozadas por la sangre de miles de desaparecidos” (71). La presencia del mar en la vida de los italianos es una constante, y una estudiante sueña con el día en que “el mar ya no constituya el sudario de los seres humanos, sino que vuelva a ser su cuna pacífica” (83). Otra, originaria de una ciudad pesquera, piensa en los ahogados: “Cuando éramos niños nos gustaba sumergirnos en el agua y competir para ver quién atrapaba las caracolas más bonitas. Pero si nos desplazamos un poco más al oeste, hacia el océano, o más al sur, hacia el centro del Mediterráneo, no se encuentra sólo caracolas...” (87). Los miles de migrantes ahogados “no son

números sino personas, asesinadas o dejadas morir por mano de otras personas, y a la vista de otras personas” (93), escribe una estudiante; otra habla del poder de la maternidad en *La sirena*: “Dar y quitar la vida a alguien: estas son las dos grandes acciones que cada hombre puede realizar” (97).

Un participante en el curso tal vez resumió un sentimiento colectivo de sus compañeros al decir que “también el silencio determina una responsabilidad” (86). Se trata de la empatía con el otro, un sentimiento que permite saltar distancias y que es objeto del siguiente capítulo. Reflexionando sobre los textos de sus estudiantes, Nanni apunta a una didáctica que una lo emocional y lo cognitivo, contrariamente a un modelo que tiende “en general y en la práctica, a minimizar o marginalizar los aspectos emocionales en el proceso de aprendizaje” (105). Basándose en su propia experiencia, llama a reconceptualizar la manera de impartir el conocimiento, yendo más allá de lo prescripto curricularmente y confiando en que el resultado sea “una interacción social constructiva y solidaria” (106) entre los educandos y sus objetos de estudio.

El capítulo final sobre migrantes y desaparecidos habla de Riace, una población del sur italiano de la que muchos emigraron a Argentina hace más de cien años y algunos de cuyos descendientes fueron más tarde víctimas de la violencia estatal en los 70. Hoy Riace alberga un proyecto solidario que presta vivienda y trabajo a inmigrantes de otros países, enseñándoles viejos oficios ya perdidos y de paso repoblando una localidad que iba camino a desaparecer por el envejecimiento de sus habitantes. Nanni califica esa experiencia de “nueva epistemología de vivir” que recurre “al vacío dejado por la emigración italiana del siglo XIX como oportunidad para recibir e integrar a miles de otros seres humanos exiliados” (121). En tiempos de aislamiento y temor al otro magnificado por el miedo al contagio, Nanni ve en Riace un camino distinto que permitiría a educadores y educandos contemplar otras opciones cognitivas, políticas y en última instancia éticas.

Este libro además de ser necesario nos interpela: ¿por qué no hay más obras como ésta? ¿Por qué se escribe tanto de las tragedias y tan poco sobre cómo transmitir las en la escuela? Obligada por el contexto de crisis de la pandemia, Nanni se sintió compelida a prestar atención a los estudiantes para entender el “perfil cultural y humano de estos jóvenes y de sus modos de hacer memoria” (17). Comprendió que no es suficiente contar lo sucedido (como quien vierte un contenido en un recipiente vacío), sino que debemos permitirle a cada grupo y generación sus propios modos de producir y gestionar memorias, “desafiando la seguridad de lo ya intentado y conocido para explorar nuevas formas de transmitir y enseñar” (131). Se trata pues de “empatizar con la experiencia de los otros y la otredad” (132), de ir a “contramano respecto de los habituales contratos didácticos implícitos” (133), y en última instancia de “volver a preguntarnos por el sentido de lo que enseñamos, y cómo lo enseñamos” (135). Es ésta una redefinición de la tarea crítica y educativa echando mano de herramientas menos intelectuales y teóricas para reivindicar, en palabras de Sandra Lorenzano, “el valor de la afectividad, el valor de la empatía como motores de la escritura, del pensamiento, de la reflexión, de la creación” (104). Una tarea no menor, pero imprescindible ante el coro creciente de voces negacionistas, *fake news* y ataques a los derechos humanos.

